

Violencias ayer y hoy

Janine Puget

Cuanto más nos dedicamos a un tema, más variados son los interrogantes que surgen abriendo infinitas puertas que nos permitirán acceder a territorios de gran complejidad. Así viene sucediendo con la violencia, con el conocimiento en general, con la convivencia, etcétera. Por eso propuse en su momento que cuanto más convivimos menos nos conocemos. O dicho de otra manera: convivir abre universos inesperados que derrumban la ilusión de que el futuro sea previsible, más aún cuando éste no depende de un solo sujeto. El lenguaje diario contiene algunas frases que dan cuenta de una tendencia que lleva a desmentir la vigencia de los efectos de lo inesperado: “nunca pensé que podría pasar... pasarme... que te podría pasar...” Y ese “nunca pensé” es equiparable a “no debería pasar o no debería haber pasado”. Y estas frases pueden emplearse tanto para situaciones desagradables, terroríficas como también en menor grado para alojar una experiencia hermosa como por ejemplo, un estado de enamoramiento. Una persona mayor lo expresó con claridad: ¿Cómo iba a pensar que me podía enamorar a esta edad? Y en este caso este sentimiento deja traslucir una cierta desesperanza anterior acerca de las posibilidades que ofrece la vida. Esperar lo inesperado, como diría Blanchot (2006), es un arte.

Todo esto pasa con lo que implica ocuparse de la violencia y las violencias desde el psicoanálisis: cada vez se van arborizando los caminos y las diferentes ópticas a partir de las cuales ubicarnos en espacios donde se generan violencias y tenemos que reconocer sus efectos.

El hoy me hace elegir recorrer uno de los caminos por los que transité desde que me empezó a llamar la atención el poco lugar que tenían en mis herramientas teóricas y técnicas las violencias, sobre

todo cuando ello hubiera implicado considerar la especificidad de las violencias sociales. El no lugar o un silencio especial pasó a ser significativo, tal vez como una caja de Pandora.

Fueron varios, a lo largo de los años, los eventos que conmovieron a muchos habitantes en la Argentina y tal vez en el mundo y fue y es un gran desafío ocuparnos de ellos. Para más es posible afirmar que las violencias sociales se han naturalizado y entonces es cada vez más difícil reconocer su especificidad. Las herramientas clínicas y teóricas de las que disponíamos parecen hoy insuficientes, sobre todo si nos proponemos transformar los climas violentos, sean éstos vinculares (familia, pareja, amigos), los que se producen en las instituciones sin confundirlos con las condiciones internas de un sujeto.

Van surgiendo muchas preguntas. ¿Es la violencia necesaria como lo sugirió Piera Aulagnier cuando propuso considerar una “violencia originaria” para comprender modelos primitivos de funcionamientos de la mente e incluso cuando propuso el modelo del “contrato narcisista” para pensar lo que implica ir habitando los espacios sociales y familiares? ¿La violencia sólo puede ser inherente a una especial actividad de la vida pulsional? ¿La violencia en contextos vinculares sólo puede ser atribuida a la activación de movimientos pulsionales singulares? ¿Es la violencia condición inherente a las relaciones humanas o como lo sugiere Etienne Balibar (2010) habría que, por lo menos, abrir dos grandes categorías tomando en cuenta su convertibilidad o inconvertibilidad? Para este autor uno de los ejes a tomar en cuenta en relación con la convertibilidad ha sido el de poner el acento en la adquisición de diferentes grados de civilidad; o sea, de conciencia y compromiso social que se asocian con responsabilidad y respeto. Y entonces pensar en términos de convertibilidad lleva a preguntarnos desde el psicoanálisis con qué herramientas contamos para acceder a crear conciencia de responsabilidad social. Éstas son algunas pocas reflexiones que se originaron a medida que iba descubriendo la diversidad de vértices desde los cuales encarar estas problemáticas.

Para trazar una nueva cartografía desde el presente iré transitando por algunas situaciones que contienen dudas u obstáculos, los que se incrementan en el hoy al comprobar que las violencias forman parte

de la vida del espectáculo. ¿Y entonces cómo desnaturalizarlas para dejar aparecer diferentes grados de impotencia en el manejo de ciertos conflictos?

Cuando comencé a ocuparme del tema observé el aparente “no lugar”¹ que tenía en la clínica diaria un evento que fue del orden de lo impensable y traumático para muchos habitantes del planeta. El evento al cual me refiero fue el asesinato de J. F. Kennedy (noviembre de 1963). No coincidía la conmoción emocional que el evento había producido y que se manifestaba en los comentarios que se escuchaban en la vida diaria y lo que sucedía en el consultorio. Grande fue entonces mi curiosidad al comprobar que lo que ocupaba un lugar central en los *mass media* y en algunas conversaciones diarias no fuera mencionado en las sesiones o si lo mencionaban era como si no fuera tema de psicoanálisis. El efecto había sido silenciado pero entonces ¿cómo descubrirlo? Años después observé que algo similar sucedió en USA con el 11 de septiembre, las *Twin Towers*. Los analistas que fueron interrogados acerca de los efectos de este evento en su clínica llegaron a decir que dada la magnitud del evento tenían que dejar que los pacientes hablen para descargarse y luego poder retomar el análisis después que se haya podido liberar de la carga emocional invasora. O sea que algo no cabía en los marcos referenciales de algunos analistas. O invasión arrasadora o invisibilización. En ocasión del asesinato de Kennedy algún paciente llegó a decir “no me queda más remedio que comentar lo que pasó...”. O “para qué hablar si nada puedo cambiar...”. Me pregunto: si para los pacientes la violencia social y sus efectos no eran y a veces no son temas de análisis ¿no podría deberse de nuestra parte a una escucha cerrada o a una especial sordera para estos temas?

Ulteriormente, y a raíz de las violencias políticas ejercidas por gobiernos dictatoriales en la Argentina, se hizo cada vez más evidente cuán difícil era ocuparse analíticamente de los múltiples efectos de dichas violencias dado que podían ser pensadas como ataque al sentimiento de pertenencia social de cada uno. Más difícil aún era intentar

¹ No lugar no es lo mismo que no existir. El “no” implica ya un esfuerzo de denegación o desmentida para dejar de lado algo muy ruidoso como lo son los grandes estallidos sociales.

comprender o por lo menos tratar a quienes las implementaban. Lo que sucedía sobrepasaba nuestro saber acerca del funcionamiento del mundo interior de un solo sujeto. Fue necesario cuestionar lo que implicaba mentalmente y psicológicamente percibir o sufrir los efectos de este tipo de violencias,² motivo por el cual era urgente ir ampliando nuestro cuerpo teórico. Se trataba de descubrir la especificidad de los efectos producidos por la dictadura tomando mucho cuidado en no remitir la complejidad de dichos efectos a la activación de vivencias arcaicas. Por otra parte, los efectos se iban expandiendo en muy diferentes direcciones, contaminando aleatoriamente a varios cuerpos sociales. Un presente se imponía que excedía lo pensado y conocido. Y en algunos casos tenía un efecto arrasador de algunas cualidades del pensamiento.

Por ejemplo, varios analistas de niños³ descubrieron que algunos niños ubicados como conflictivos o con dificultades de aprendizaje fueron los que indicaron la presencia en el marco familiar de padres secretamente comprometidos con el ejercicio de la violencia de Estado, con la tortura. En algunas familias se había instalado un manto de silencio acerca de algunas cuestiones políticas que aparecieron como sintomáticas. Pero descubrir el significado de dichos silencios no implicaba necesariamente denunciar abiertamente la existencia de lo no hablado. Lo que había que descubrir era cómo arreglárselas psicoanalíticamente con este tipo de material. De nuevo el silencio fue un significante importante. Se trataría de un silencio culposo, de un silencio equivalente a un aspecto de la mente arrasado por la violencia, de un silencio necesario... Hay tantas versiones de silencios que vale la pena identificarlas en situaciones de gran conmoción social.

Fue quedando claro que había que discernir diferentes espacios de constitución subjetiva en los cuales los efectos de las violencias

² Con un grupo de colegas vinimos publicando textos referidos a los efectos de la violencia de Estado. Menciono sólo algunos a lo cual se agrega el libro *Violencia de Estado y Psicoanálisis* (1989): “Niños secuestrados en la Argentina: metodología de restitución a sus familias originales. Algunas reflexiones acerca de su identidad” (1989a); “Verdad-mentira. Transmisión generacional” (1989b)

³ Recuerdo especialmente a Marilú Pelento que ha escrito numerosos artículos al respecto.

adquirían cierta especificidad y entonces descubrir cómo intervenir para poderlas transformar o crear experiencias útiles. Y en la medida en que la violencia de Estado iba produciendo nuevos atropellos (quedando más evidentes sus efectos) fuimos llevados a reconocer las características particulares de los conflictos que se generaban. Y desde entonces me es útil pensar que no es lo mismo estar consigo mismo que ir deviniendo dentro del contexto familiar o amistoso e ir deviniendo sujeto social o sea habitar en el mundo.

Así fui buscando indicadores específicos al ejercicio de violencias diversas (Puget, 2015, cap. 6). Uno de ellos fue observar cuándo la violencia anula parte de la riqueza de los intercambios produciendo organizaciones basadas en el modelo victimario-víctima y cuándo se va rigidizando la fluidez de los intercambios teniendo como consecuencia anular la riqueza de lo que fui llamando en el marco de la teoría vincular el “espacio entre dos” (Puget, 1998). Este último es condición necesaria de cualquier vínculo y es precisamente el que la violencia tiende a anular. Sostenerlo exige realizar un trabajo que lleva a respetar al otro, a los otros y por lo tanto a hacer algo con la alteridad del o de los otros que es inalienable. Se trata entonces de no aplanar diferencias sino de enriquecerse a partir de ellas.

Llegado a este punto tuve que reconocer que para acceder a otro nivel de comprensión iba ser necesario recurrir a autores que se ocuparon de las vicisitudes de las relaciones sociales, de los conjuntos, de los valores en juego en diferentes épocas, de la política vincular, etcétera. Y para mencionar sólo algunos de los que me permitieron abrir otros caminos, fueron Levy-Strauss, Foucault, Hanna Arendt y Agamben; Badiou, Blanchot, Lewkowicz, entre otros, así como todos aquellos que escribieron y nos permitieron acceder a conocer los sufrimientos originados por el Holocausto, etcétera.

De alguna manera si bien debemos a Freud un primer acercamiento al tema de la violencia social hoy diría que sus escritos sociales⁴ ya no alcanzan. Sin embargo es útil recordar que Freud, al contestarle

⁴ “Psicología de las masas y análisis del yo” (Freud, 1921), “El porvenir de una ilusión” (Freud, 1927), “Moisés y la religión monoteísta” (Freud, 1939)... para mencionar sólo algunos.

a Einstein acerca del “Por qué de la guerra” (Freud, 1932), admitió, no antes de proponer varias disquisiciones, que se trataba de un tema que le excedía, dado que estaba intensamente dedicado a comprender a sus pacientes individuales dentro del ámbito cerrado de su consultorio. Sin embargo ya pareciera que estaba discriminando conflictos dependiendo del lugar donde nacían.⁵ Esto es, que con sólo decir que la relación analista-analizado no era copia fiel de lo que sucede fuera de ese ámbito, estaba diciendo que los espacios en los que se dan las guerras estaban fuera de sus teorizaciones actuales. A esa conclusión llegó no sin antes haber analizado profundamente los diversos significados que pudiera tener el término *Gewalt*: su riqueza semántica reúne tanto el significado de poder, fuerza, control, violencia, coerción como si estos fueran sinónimos. Y ahí podría haber un peligro, o sea, el de simplificar un tema tan complejo. Freud llegó entonces a sustituir “la palabra poder por la de violencia” y “oponer derecho y violencia”, basándose en la idea de que la fuerza muscular puede transformarse en armas y que los grupos humanos tendrían la capacidad de reunirse sobre la base de lo que tienen en común, de una comunidad de semejanza. En ese caso enfocaba la violencia de las guerras como una manera de dominar sostenida por las pulsiones hostiles de quienes generaban climas violentos. Hoy ya este enfoque no nos puede permitir acceder a la comprensión de las nuevas guerras que se están produciendo en el mundo.

Desde este punto de partida y discutiendo con Freud y otros autores se abrió una gran diversidad de territorios. Uno de ellos fue el considerar que podía llegar a ser un obstáculo serio pensar que los conjuntos se reúnen por lo que tienen en común, por sus semejanzas, con lo cual sería factible entender que gobernar es armonizar las diferencias o eludir las, excluyendo lo diferente como sucedió en la *polis*. Lo ajeno se ubica entonces rápidamente en el extramuros y sólo cabe tratar de crear vallas para que no ingrese. Este enfoque se opone a lo que implica la política y el gobernar a partir de valores que toman en cuenta los derechos humanos. Cuando gobernar no contiene la idea

⁵ Lo mismo hizo cuando discriminó diversas fuentes de sufrimiento.

de lidiar con diferencias y aprender de ellas suele suceder que sólo se busque reducirlas excluyendo lo que no cabe en ese modelo. Algo de esto sucede cuando se establecen gobiernos dictatoriales o también en algunas organizaciones sectarias. Otro modelo de exclusión de lo ajeno que sólo produjo la extinción de un pueblo fue el de Esparta, tal como lo fue proponiendo Lewkowicz (2000): un modelo especial de sociedad impenetrable.

Sin dudas comprobamos a diario que es difícil aceptar y hacer algo con lo diferente, con lo que nos excede pero hay que reconocer que es condición necesaria de la vida respetarlo y producir desde lo que nos diferencia de otros, desde las no coincidencias que son fuente de riqueza. Llegado a este punto fue un aporte importante tomar contacto con las propuestas de R. Esposito (2003) cuando analiza los múltiples significados del concepto “comunidad”. Éste contiene dos vocablos, *munus* y *donus*, que remiten a diferentes universos. Comunidad remite tanto a modalidades de intercambio entre semejantes como entre diferentes. El autor propone pensar que una de las posibilidades es que el intercambio cree cada vez más distancia entre sus participantes. Ya no se va a tratar de que quien da reciba a cambio sino de que el que da sólo se despoja de algo sin recibir retribución y ello lo enriquece y el que recibe tiene que hacer algo con lo que le excede. Así se va conformando una experiencia, la que al descolocar a sus habitantes, los enriquezca. De acuerdo con este autor adopté la idea de que los intercambios producen cada vez más diferencias, respondiendo a una dinámica que se superpone a aquélla que concibe los intercambios basándose en relaciones recíprocas o en los diversos modelos identificatorios que cada uno esté usando. No es fácil para un psicoanalista pensar en términos de superposición de modelos heterólogos y reconocer que cada uno genera sus propios mecanismos de producción creativa. Para uno de los modelos concibe que las relaciones basadas en semejanza y el logro de certezas identitarias son centrales y para el otro sólo considera que se genera vida siempre y cuando se sostenga la fuerza que nace de las diferencias inalienables. Entonces es factible pensar que parte de nuestras dificultades para intervenir se deban a la creencia de que concebimos las relaciones sólo enmarcadas dentro de

la teoría de los procesos identificatorios según los cuales nos une lo común o lo semejante. En ese caso nos alcanzan los textos sociales de Freud como “Psicología de las masas” para comprender cómo funcionan los conjuntos. Hoy propongo que es esencial poder sostener la existencia de un otro ajeno, no conocido, que ofrece siempre algo que excede a lo que conocemos y que exige un trabajo que hace a hospedar lo que excede, sin que se trate de un hospedar que nos transforma en propietarios sino tan sólo en errantes. Sin dudas Freud –pese a declarar que el tema le excedía– abrió un camino al recalcar la polisemia del término *Gewalt*. Así comenzó a trazar las bases de lo que desde otros enfoques iba a ser necesario dilucidar.

Para ir profundizando un tema tan complejo otras lecturas eran necesarias. Es difícil entender lo que en política implica gobernar si no se toma en cuenta a Foucault y su manera de concebir las relaciones de poder. Gobernar requiere crear y sostener la diversidad de valores y el respeto de la alteridad del y de los otros, estar atentos a cómo se establecen convicciones, cómo se forman opiniones, al peligro que implica organizar las relaciones basándolas en términos de binarismo, etcétera. Requiere también tolerar la incertidumbre inherente a los vínculos y a veces ciertas maneras de sortearla se manifiestan como fanatismos, organizaciones dictatoriales o a un vale todo que puede llegar a ser enloquecedor. Otra posibilidad sostenida por la violencia es legitimar la admiración incuestionable por uno de los componentes de un conjunto, quien entonces impone más allá de lo conveniente una unión empobrecedora. Ello se ve con frecuencia en los sectarismos científicos, en la creación de instituciones que no toleran la diversidad. Es así como la cartografía de las instituciones se aplanan y puede reducirse a denominaciones identitarias y sólidas que permiten crear un mapa sólido.

Si bien es ineludible sostener lo múltiple, ello ocasiona conflictos específicos a los que tenemos que dirigir la mirada y la escucha para evitar que la dificultad se manifieste como violencia, la que en algunas ocasiones sólo produce aniquilamiento o invisibiliza a uno de los componentes de la situación.

En la época de la dictadura argentina (1976-1982) –y a manera de

homenaje y elaboración de alguno de los efectos de las violencias de Estado cometidas durante ellas— reuní⁶ un conjunto de colegas para que participaran de una publicación que se ocupara de los efectos de la violencia de Estado. Este libro fue primero publicado en francés para sólo años después poder ser publicado en la Argentina. Algunas editoriales argentinas no aceptaban la publicación con el argumento de que ya el tema estaba pasado de moda. Supuse que ello era uno de los efectos de la dictadura aún vigente: el miedo seguía y el silenciar la experiencia podía parecer una buena solución.

La experiencia de la dictadura fue creando un vocabulario que iba dando cuenta de la especificidad de la violencia de Estado. Por ejemplo, algunos términos tales como “desaparecido”, “Falcon verde”, “duelos especiales”, “el silencio es salud”, “ser chupado” ingresaban como inherentes a la violencia de Estado. Una mención merece el concepto de duelos especiales ya que lo considero una creación teórica que permitió ampliar la teoría del duelo. No era cuestión de enmarcar los efectos de aquellas pérdidas dentro del marco de la posición depresiva y de los duelos que podemos llamar normales a raíz de la pérdida de una persona querida. Acá se trataba de duelos por desaparición, duelos eternos. Otro concepto relevante, símbolo de las violencias de Estado, fue la creación de la entidad Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, nominación que no tenía que ver con la dinámica familiar sino con una entidad política. De las experiencias arrasadoras nacieron nuevos giros lingüísticos.

Hoy habrá que aceptar que las violencias se han naturalizado tal vez con la ayuda de la velocidad de comunicación que nos aportan las tecnologías actuales. Se alimentan los medios de comunicación con hechos violentos de los más variados, dotados de un poder de atracción para parte de la población. Y si bien podría ser arriesgado afirmar que hoy la vida humana en algunas culturas vale poco a menos de ser ofrecida para salvar una familia o un país o vale poco en sistemas capitalistas porque el ser humano es descartable, también simultáneamente se da una paradoja. En el orden científico se están logrando

⁶ Con la ayuda de René Kaes coeditamos el libro *Violencia de Estado y psicoanálisis* (1989)

avances importantes, por ejemplo, para prolongar o mejorar la vida de muchos hasta incluso producir descalabros en la economía de muchos países. Se superpone una vida humana pensada como mercadería y por ende como eventualmente descartable y una exigencia científica que busca descubrir cómo mejorar la vida con métodos extremadamente refinados. Convengamos que cada vez vivimos en un mundo múltiple al cual intentamos tener acceso realizando un esfuerzo que no era necesario cuando la comunicación de cualquier tipo que fuera venía en carruajes, a diferencia de lo que puede ser la velocidad que nos facilita Internet.

Hoy el tema de la violencia en los ámbitos psicoanalíticos ha ganado su lugar y es encarado desde muy diferentes enfoques. Y no sólo en nuestros medios sino que políticamente se han generado espacios donde proteger y a veces cuidar a las víctimas, sea de cataclismos naturales, de maltrato familiar, de la trata de mujeres, de la drogadicción, etcétera. Pero para que ello se pueda llevar a cabo es necesario un Estado que por algún motivo se preocupe por la salud mental y física de sus ciudadanos.

Centrándonos ahora en lo que como psicoanalistas nos incumbe, vale la pena comenzar a preocuparse por cómo intervenir cuando aparecen signos de violencia en el material de una sesión, sea porque ahí se produce o sea porque a ella se alude o sea por zonas mudas que de alguna manera ocupan un lugar. Lo que no queda aún muy claro es cómo intervenir en el marco de una sesión cuando la violencia es actuada durante la sesión o cuando es comentada o más aún cuando –como comencé a decirlo– es sabido por el analista que él o los pacientes viven en un entorno violento. ¡Qué difícil es salir de una entidad binaria compuesta por el par víctima-violento! Crear otras alternativas debiera permitir reaccionar contra algunos aspectos aniquilantes de climas violentos que, como lo diría Balibar, atentan contra la civilidad de los sujetos. Un tipo de intervención útil es la que se origina desde la posición de otro, de un analista sujeto que puede “conversar” con sus analizados, dar una opinión que se diferencie de una interpretación.

La sociedad con sus valores actuales favorece e incluso promueve

la violación de los derechos humanos que podría ser uno de los paradigmas de la violencia social. Y dada la amplitud del tema elegí, para terminar este escrito, hacer hablar a otros, quienes de una manera u otra dan cuenta de los efectos a veces aniquilantes de climas violentos:

“Impongo para no enloquecerme...; mato para sobrevivir...; mi vida no vale y tampoco la tuya...; para que yo viva debes morir o quedar excluido...; para que mi autoestima se constituya debo denigrar...; acepto cualquier cosa con tal de pertenecer a un conjunto... (sea social o de pareja); respondo por obediencia debida a un ente superior...; a no sé por qué hago esto...; me sale como respondiendo a un automatismo irracional...; a una contaminación inconsciente... o a la acción de partículas invisibles que me hacen actuar sin que ello responda a ningún planteo consciente...”

El recorrido que seguí hoy es sinuoso, dado que tan sólo intenta poner alguna luz sobre la inmensidad de trabajo que aún debemos hacer para no dejarnos arrasar por climas violentos y sobre todo para tener claro que algunos de ellos no dependen ni de nuestro pasado ni de nuestras acciones individuales sino tan sólo de acciones que nacen en los conjuntos en los cuales ocupamos un lugar. Y que vamos siendo sujetos del mundo sin que podamos asegurar cuáles son las partículas que silenciosamente nos van moldeando y modificando. Reuní en un mismo escrito disquisiciones generales que pueden permitir clasificar violencias, las dificultades técnicas con las cuales nos encontramos, la necesidad de inventar nuevas hipótesis, la creación de vocabularios propios a situaciones violentas y puse el acento en la urgencia de parte nuestra de descubrir cómo abordar ciertas temáticas que nos incumben tanto a nosotros como a nuestros analizados. O sea, que en el ir siendo analista nos encontramos en un mismo contexto social que muchos de nuestros analizados, sin que nuestro trabajo consista en descubrir nuevos significados inconscientes sino tan sólo consista en ir pensando juntos, creando un actividad vincular.

Bibliografía

- Balibar, E. (2010): *Violence et civilité*. Galilée: Paris.
- Bianchedi, E., Bianchedi, M., Braun, J., Pelento, M. L., Puget, J. (1989a): *Niños secuestrados en la Argentina: metodología de restitución a sus familias originales. Algunas reflexiones acerca de su identidad*. Panel 36avo Congreso Internacional de Psicoanálisis de Roma. Kidnapped children in Argentina. The methodology of restitution to their original families. Some reflexions on their identity. Bambini sequestrati in Argentina. Metodologia di restituzione alle famiglie di origine. Alcune riflessioni circa la loro identità. Enfants kidnappés en Argentine. Méthodologie de la restitution à leur famille d'origine. Quelques réflexions sur leur identité. *Journal de la psychanalyse de l'enfant*, n. 9 - 6. 1991. *Crianças seqüestradas na Argentina. Journal de psicanálise*. vol. 30, n. 55/56, 1997. Brasil.
- (1989b): *Verdad-Mentira. Transmisión generacional. (Verité-Mensonge. Transmission générationnelle)*. Panel Colloque Européen. Patrimoine Génétique et Droits de l'Humanité. Octobre de 1989.
- Blanchot, M. (2006): *L'attente l'oubli*. Gallimard: Paris.
- Esposito, R. (2003): *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Amorrortu: Buenos Aires-Madrid.
- Freud, S. (1921): *Psicología de las masas y análisis del Yo*. En *Obras Completas*, vol. XVIII.
- (1927): *El porvenir de una ilusión*. En *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires: Amorrortu.
- (1932): *¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)*. En *Obras Completas*, vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1939): *Moisés y la religión monoteísta*. *Obras Completas*, vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lewkowicz, I. (2000): *Esparta o la paternidad abolida*, en *La encrucijada de la filiación*. Buenos Aires: Lumen.
- Puget, J. (1998): *La psychanalyse: un entre deux qui se voile et se dévoile* (El psicoanálisis: un entre-dos que se cubre y se descubre). Colloque International Transdisciplinaire. Derives et mutations du lien-passage. Situations du sujet et modernités. Francia, enero de 1998.
- (2015): *Subjetivación discontinua y psicoanálisis. Incertidumbre y certezas*. Buenos Aires: Lugar.
- Puget, J., Kaës et al. (1989): *Violence d'État et Psychanalyse*, Dunod, (Italiano: *Violenza di stato e psicoanalisi*. Gnocchi, 1994). (Español: *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor, 1991; Buenos Aires: Lumen, 2006).